

6ºD. PASCUA. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 14,15-21.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

-Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis porque vive con vosotros y está con vosotros.

No os dejaré desamparados, volveré. Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis, y viviréis, porque yo sigo viviendo. Entonces sabréis que yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros. El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése me ama; al que me ama, lo amaré mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él.

EL ESPÍRITU DEL AMOR

La marcha de Jesús es inminente y prepara a sus discípulos para la nueva situación. ¿Cómo podrán seguir unidos a Él en su ausencia? La fórmula es **«el amor»**. Jesús les desvela y funda una nueva forma de comunión para seguir unidos a Él. Una comunión distinta a la presencia de la que habían disfrutado, pero al mismo tiempo, una **«comunión sin límites y con un alcance universal»**, válida, por tanto, no sólo para aquellos discípulos suyos, sino **«para todo aquel que quiera acercarse a Jesús»**.

Es un amor que no se expresa con manifestaciones afectivas sino con la observancia de los mandamientos. **«Si me amáis, guardaréis mis mandamientos»**, les dice. Unos mandamientos que, por otra parte, se resumen en uno sólo, el mandamiento del amor: **«amar a Dios en el prójimo»**. El amor quita a los mandamientos todo carácter de imposición, porque no son otra cosa que **«exigencias del amor»**. Y es que, la vida cristiana no es cuestión de cumplimientos legales, sino de **«obras de amor»**. Con razón dice refrán, **«obras son amores y no buenas razones»**

El **«Espíritu Santo»** es el otro protagonista. Es el primero y más trascendental fruto de **«la oración ante el Padre»**. Él es quien nos enseña a **«caminar en la fe»**, a **«comprender»** cada vez más plenamente el Evangelio y a **«acogerlo y hacerlo vivo y operante con el testimonio»** de nuestra vida.

Jesús promete a sus discípulos que no se quedarán solos. El Espíritu Santo, el Paráclito, el Consolador, el Defensor, son términos equivalentes, estará con ellos, a su lado, es más, **«estará en ellos, para defenderlos y sostenerlos»**. Él les hará recordar las enseñanzas de Jesús en las diversas **«circunstancias concretas de la vida»**, para poderlas poner en práctica.

«No estamos solos». Jesús está cerca de nosotros, en medio de nosotros, dentro de nosotros. Su **«nueva presencia»** en la historia ocurre mediante este don del Espíritu Santo, por medio del cual es posible **«instaurar una relación viva con Él»**, el Crucificado Resucitado.

Es **«el Defensor»** que nos habla en el silencio y en los acontecimientos cotidianos, que no nos asegura éxitos ni triunfos humanos, como tampoco se los aseguró a Jesús, pero que es el **«Espíritu de la verdad»**, la actitud básica para comprender y vivir desde el Evangelio. Una actitud que se define como **«sinceridad y disponibilidad»** a una Palabra, una actitud que exige una **«constante conversión personal»**.

El Espíritu Santo, infundido en nosotros a través de los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, **«actúa en nuestra vida»**. Es el Espíritu que nos guía **«en la forma de pensar, de actuar, de distinguir»** qué cosa es buena y qué cosa es mala y que nos ayuda a practicar la **«caridad de Jesús»**, su donarse a los demás, especialmente **«a los más necesitados»**. Es el Espíritu que **«desarrolla, profundiza y completa»** la obra de Jesús.

Si nos abrimos al Espíritu con el silencio y la oración, hará que nos veamos a nosotros mismos **«tal cual somos»**, nos hará ver nuestra miseria y nuestro pecado. Su presencia y su acción, captadas por la fe, nos irán enseñando el mensaje de Jesús **«en la medida en que lo vayamos viviendo»**. No hay otro modo de conocer a Dios Padre y a Jesús Hijo.



Y hay un detalle más. El Espíritu Santo **«nos necesita para ser paráclitos»**. Él quiere consolar, defender, exhortar, pero no tiene boca, manos, ojos para **«conformar su consuelo»**. O mejor, tiene nuestras manos, nuestros ojos, nuestra boca.

Cuando el Apóstol Pablo exhortaba a los cristianos de Tesalónica diciéndoles, **«Confortaos mutuamente»**, es como si dijera: **«haceos paráclitos los unos de los otros»**. Y es que, si la consolación que recibimos del Espíritu no pasa de nosotros a los demás, si no la compartimos, pronto se corromperá.

De ahí el porqué de esa bella oración atribuida a **«San Francisco de Asís»**, que dice: **«Que no busque tanto ser consolado como consolar, ser comprendido como comprender, ser amado como amar...»**

No es difícil descubrir que, hoy, a nuestro alrededor, **«existen paráclitos»**. Son aquellos que acompañan a **«enfermos terminales»**, que se preocupan de aliviar la **«soledad de los ancianos»**, los voluntarios que dedican su tiempo a **«ayudar a otros»**, dentro y fuera de casa...

Resulta oportuno recordar esos primeros versos de la secuencia de Pentecostés, donde el Espíritu Santo es invocado como el **«consolador perfecto»**.

«Ven, Padre de los pobres; ven, Dador de gracias, ven, luz de los corazones. Consolador perfecto, dulce huésped del alma, dulcísimo alivio. Descanso en la fatiga, brisa en el estío, consuelo en el llanto».

¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
10 de mayo de 2020